PRESENCIA

SITUACION AMBIGUA

La fuerza real de un Estado se registra en el modo de conducirse en las relaciones con los otros Estados. Ni complejo de inferioridad ni bravatas de superioridad. Conciencia de lo que se es y de lo que se puede. Voluntad de comportarse con corrección y con dignidad. Sentido de la perspectiva histórica de los problemas que se plantean y responsabilidad de la actitud que corresponde adoptar. Parece que si en alguna ocasión se ha de ser cuidadoso en no "explotar la propia viveza usando la ignorancia o la tontera de los demás" o se ha de evitar aún la apariencia de estar decidido a "trabajar de vivo", es precisamente en lo internacional. Estas locuciones las recogemos del discurso del señor Presidente en el Colón cuando ha fijado la actitud internacional de la Argentina.

Democracia del 17.VII.50 reproduce en su primera página la respuesta de la Argentina a la UN y reproduce también el discurso del Sr. Presidente. El texto de la respuesta de la Cancillería Argentina no podía ser más categórico. A la comunicación de Trygve Lie en que agradecía "al Gobierno Argentino, si al considerar la ayuda tomara en cuenta la posibilidad de proveer fuerzas combatientes", el Canciller Paz contesta que el Gobierno Argentino "aguarda la conformidad con lo anticipado por V. E. en el telegrama que contesto, que el Comando Unificado entre en consulta directa con el Gobierno Argentino".

Las palabras del Presidente Perón pronunciadas en el Teatro Colón no pueden ser más categóricas. Expresó lo siguiente:

"Esta tarde mismo, frente a un asunto internacional, me preguntaban algunos cuál sería la actitud que tomaría el gobierno argentino. Y yo les contesté: el gobierno argentino tomará la actitud que quiera su pueblo y ninguna otra".

"...Si el pueblo se equivoca y yo me doy cuenta de ello, le aconsejaré en otro sentido; pero si el pueblo insiste, seguiré la voluntad del pueblo aunque ello constituya un error".

La situación de la Argentina, en lo que a la conducción de sus relaciones internacionales se refiere, queda expresivamente documentada.



POSICION SUICIDA

Nuestro editorial sobre el *Pacto de Río* ha desagradado a algunos de nuestros lectores. Ha desagradado sobre todo a algunos nacionalistas, que sostienen que la Argentina no debe tomar posición en una contienda de imperialismos, de la que nada bueno puede esperar, cualquiera fuere el bando vencedor.

Esta posición, en extremo equivocada, implica una gravísima claudicación de los más altos valores divinos y humanos que perfeccionan al hombre. Es una claudicación de la Santa Religión. Es una claudicación de la civilización. No, el triunfo de la Rusia Soviética no es el avasallamiento de los pueblos por un mero imperialismo. Es la esclavización de los pueblos en el materialismo dialéctico. Es la destrucción de la Santa Religión Católica. Es la destrucción del patrimonio civilizador que constituye la mejor riqueza del hombre civilizado. Y sorprende que no vean verdad tan clara y evidente los nacionalistas que la han estado pregonando en todos los tonos, desde hace un cuarto de siglo, en publicaciones tan populares como *Clarinada*, *Crisol*, *El Pampero*, *El Federal*, *Cabildo* y *Tribuna*. Estos nacionalistas, que hoy defeccionan, se han convertido en víctimas de sus propios "slogans". A fuerza de hacerse voceros del antiimperialismo, sobre todo del yanki que nos amenazaría más de cerca, han acabado por no ver más peligro que éste, y en su insensatez, llegan a "flirtear" con los comunistas criollos, por quienes serán finalmente fagocitados, si no rectifican a tiempo su equivocada postura.

Lo que decíamos en nuestro editorial del número 25, *Hacia un nacionalismo marxista*, adquiere sorprendente confirmación en el hecho que comentamos. No basta, decíamos, hablar de nacionalismo para definir a un nacionalismo. De suyo este vocablo no encierra hoy sino el rechazo de toda coyunda de los imperialismos triunfantes, del de Estados Unidos y del de Rusia. Pero nada dice de la orientación vital que se le ha de imprimir al Estado. Lo cierto es que si lo nacional no se abre a los valo-

AÑO II - Nº. XXXIII

res de la Cristiandad, ha de acabar rindiendo culto a la propia sangre —nacionalismo racista—, o a la propia tierra —nacionalismo telúrico o pampeano—, o a la propia clase —nacionalismo proletario o marxista—. Cuando el nacionalismo no se integra en una concepción cristiana de valores sino que queda en un "puro nacionalismo", se identifica con el antiimperialismo, y por aquí puede coincidir con el comunismo, el que, desde que Lenin escribió *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, realiza su propaganda sobre esta base en todos los países coloniales o semicoloniales.

La militancia contra Rusia, deber de lesa civilización.

Estos nacionalistas se equivocan porque o plantean mal el problema, o sostienen una falsa tabla de valores. El valor supremo de la verdadera civilización no es el valor "nación". La nación es un valor inapreciable pero no es el supremo. Por encima del valor nación está la Religión y el derecho a ordenar la vida privada y pública en conformidad con la Religión verdadera. Y por encima de lo nacional están también los principios y valores de civilización; ese patrimonio que se ha formado con el esfuerzo milenario de las generaciones, a través de experiencias de los pueblos más prominentes de la tierra, de Grecia y de Roma y de los pueblos medievales educados por la Iglesia; ese patrimonio es un tesoro de valores humanos y divinos que no pertenece a la generación actual del mundo; lo hemos heredado y hemos de transmitirlo acrecentado a las generaciones que vienen detrás de la nuestra; tampoco pertenece a éste o a aquel pueblo determinado, es un tesoro *común* que pertenece a las naciones que constituyen la familia humana de los pueblos civilizados. Destruir este tesoro o consentir en su destrucción, implicaría sumir a cada una y a todas las naciones en un estado calamitoso de degradación y de barbarie. Cuando la civilización está en peligro, urge a cada pueblo civilizado salir por sus fueros, con todos los medios de que se dispongan y cuyo empleo se considere necesario. Sería hacerle el juego al enemigo de la civilización, suscitar o refrescar agravios en el momento en que hay que unirse para destruirle. Las cuestiones que puedan originarse entre los pueblos civilizados deben considerarse como secundarias al lado de la cuestión fundamental de hacer frente al enemigo de la civilización. Porque muy secundarias son las cuestiones que pueden plantearse entre los pueblos de la *órbita civilizada* en relación con la cuestión de vida o muerte que se les plantea frente a la amenaza de destrucción por parte de los pueblos no civilizados.

Esta es hoy la situación que ofrece el mundo. Aunque disminuído y maltrecho por las herejías y aberraciones de cuatro siglos, el patrimonio civilizador todavía se conserva. Todavía existe un fondo común de creencias e instituciones que en unos pueblos se guarda con más pureza que en otros. Todavía se levanta en medio de ellos una institución que, aunque no es de la tierra, impregna con su vitalidad todos los valores civilizadores. Ahora bien; contra la Santa Iglesia de Jesucristo y contra el patrimonio de civilización que perdura en el Occidente se yergue hoy amenazadora y desafiante la Rusia soviética, aguardando el momento propicio para lanzarse contra ellos y destruirlos.

Porque ésta es la situación, Pío XI enseñaba que "el comunismo es intrínsecamente malo y que no se puede admitir que colaboren con él en ningún terreno los que quieren salvar la civilización cristiana". Y enseñaba también que "cuanto las regiones donde el comunismo consigue penetrar más se distinguen por la antigüedad y la grandeza de su civilización cristiana, tanto más devastador se manifestará allí el odio de los «sin Dios»".

Estas palabras son corroboradas por los hechos. Por los hechos que presenció y de que fué víctima la misma Rusia, y luego Méjico, y España; y por los terribles y espantosos hechos que presencian y de que son víctimas hoy los pueblos de la Europa oriental. En este mismo número publicamos un suelto, *La Iglesia, tras la cortina de hierro*, en el que se sintetiza la situación de la Iglesia en los países satélites de la Rusia Soviética. El comunismo sujeta los pueblos a una esclavitud materialista e impía. No sólo es malo porque esclaviza al hombre sino porque, además lo esclaviza en un feroz e impío materialismo. Si grave mengua ha sufrido el patrimonio civilizador en los pueblos occidentales, si más grave aún en la concepción americana de vida, en el comunismo queda absolutamente destruído, en forma total y por razones intrínsecas e inherentes al materialismo dialéctico, el ejercicio del culto católico, destruída la educación y reemplazada por un materialismo corruptor, destruída la familia, destruída la propiedad, convertido en forzado el trabajo; en fin, eliminadas totalmente y con rabia diabólica las últimas huellas de la civilización cristiana.

Si éste es el planteo de la actual situación, ¿qué actitud debe adoptar el cristiano y el hombre responsable del mundo civilizado? La respuesta no puede ser dudosa. Debe recurrir a todos los medios a su alcance que puedan ser eficaces para contrarrestar el peligro. Medios que serán espirituales, doctrinarios, de persuasión y económicos; pero que serán también militares, si fueren necesarios. Y la agresión contra Corea ahora, y la agresión contra China antes, demuestran que Rusia está en disposiciones de emplear cualquier medio que considere eficaz. Los hechos persuaden también que hay obligación ineludible de tomar actitud, al menos en estado de espíritu, contra Rusia y que hay que empuñar las armas.

Pío XII en su Mensaje natalicio de 1948 ha dicho unas palabras que deben ser atentamente meditadas. Decía: "La verdadera voluntad cristiana de paz es fuerza, no debilidad o resignación cansada. Ella es una misma cosa con la voluntad de paz del eterno y omnipotente Dios. Toda guerra de agresión contra aquellos bienes, que el ordenamiento divino de la paz obliga incondicionalmente a respetar y a garantir, y por lo mismo a proteger y a defender, es pecado, delito, atentado contra la majestad de Dios creador y ordenador del mundo. Un pueblo amenazado o ya víctima de una injusta agresión, si quiere pensar y obrar cristianamente, no puede quedarse en una pasiva indiferencia; tanto más la solidaridad de la familia de los pueblos prohibe a los otros el comportarse como simples espectadores en una postura de impasible neutralidad".

En las actuales circunstancias un individuo o un pueblo que quiera permanecer neutral, vale decir ajeno al conflicto existente entre Rusia y Estados Unidos, mejor dicho entre Rusia y el mundo civilizado, debe ser calificado de imbécil, o de cobarde o de cínico y, en cualquier caso, de suicida. De imbécil, si desconoce la magnitud y significación del conflicto. De cobarde, si la conoce pero no tiene coraje para asumir la actitud que corresponde. De cínico, si la conoce y sabe qué actitud corresponde pero no quiere tomarla, esperando usufructuar las ventajas de la neutralidad. Y de suicida porque deshonrado ha de caer víctima del atropello comunista que no supo repeler.

La neutralidad, maniobra comunista

El gran arte de la felonía moscovita para cumplir su programa de dominación fría o caliente, incruenta o cruenta de los pueblos, consiste en presentarse como mensajera de la paz mientras destaca las ambiciones imperialistas de su máximo y único poderoso rival. En

FERNANDEZ MORENO

No es el momento de analizar una obra, sino de recordar a un amigo, aunque a éste nos lo diera aquélla. Mucho menos después que Enrique Banchs describió el aporte de su colega desaparecido a la poesía argentina, en palabras "inevitables" (como habría dicho Mateo Arnold), de esas que a todos nos parecen las únicas pero que sólo a unos pocos se les ocurren.

De sus compañeros de generación, Fernández Moreno fué el que mantuvo siempre más permanente e íntimo contacto con la nuestra. La diferencia de edades, la que iba de nuestras promesas a la obra que él ya había empezado a realizar, parecían no existir entre nosotros. Aunque tenía su propia tertulia —en la Avenida de Mayo, en una Cosechera, a base de austero café con leche— frecuentaba las más bohemias, existentes entre aquella gran vía y la vieja calle Corrientes: la del Aue's Keller, en la que el chiste inagotable de Pardo corría flanqueado por la taciturnidad de Roberto Payró y de Horacio Quiroga, como un hilo de agua entre guijarros; la del Oro del Rin, donde Charles de Soussens siempre hallaba a quien contar cómo aún le quemaba la frente el beso que Víctor Hugo anciano le diera cuando él era un niño; la del Royal Keller, donde la juventud literaria y artística se congregaba por sí sola, sin ser atraída ni controlada por ninguna figura consagrada. En todas Fernández Moreno se confundía en nuestras filas, como si fuera uno de nosotros. Pero en su tertulia de la Cosechera tenía para los jóvenes principiantes que ya reconocíamos su maestría, un lugar tranquilo donde hablar exclusivamente de libros, donde leer los primeros ensayos a un juez benévolo pero seguro y franco. Aureolábalo el elogio de Lugones, que algunos de nuestros compañeros de generación recibirían poco después. Pero como es habitual en los poetas criollos, llevaba con la más elegante sencillez su temprana gloria.

Como era en aquellos años, se le vería a la vuelta de dos décadas, el día de su máxima consagración, cuando la S.A.D.E. le dió su máximo premio de literatura. Estaba más sencillo si cabe, más llano, despojado por la caducidad que ya lo amenazaba de la confianza en sí mismo, la gallarda apostura que ostentaba en los años meridianos de su carrera, las pocas veces que tuve el placer de encontrarlo. Recuerdo lo que me dijo en una de ellas, cuando cambiamos unas palabras en un intervalo de no sé qué drama de Bataille o Porto Riche, representado por la compañía francesa de Germaine Dermoz, en los pasillos del Odeón. Yo llegaba de Gualeguaychú, lleno de las bellezas que Doello Jurado me había revelado en la poesía de Enrique Banchs. No tengo presente cómo recayó en éste la conversación. Pero sí el entusiasmo de Fernández Moreno, su fervorosa admiración por aquélla, y su asombro ante el retraimiento en que vivía el "altísimo poeta" de *La Urna*. Así era su limpieza de alma para elogiar la nave que podía quitar viento a las velas de la suya; su exuberancia vital para apreciar los privilegios que el triunfo merecido confiere, y de los que se privaba voluntariamente su hermano en las letras.

La virtud halla su premio en sí misma, como dice el viejo aforismo escolástico. Pero la generosidad de Fernández Moreno para admirar a un colega, tuvo otro más, en la respuesta de aquél a quien se aplicaba. Pocos escritores tienen la suerte de ser despedidos de este mundo por los más capaces de juzgarlos, como a él le ocurrió, mereciendo de sus contemporáneos, el día de su partida, apreciaciones que la posteridad no podrá ni modificar ni mejorar.

JULIO IRAZUSTA

la ejecución de esta empresa, se afana por actualizar todos los motivos de agravio que tienen los pueblos contra la gran potencia del Norte. Estos motivos son muchos y harto reales, sobre todo en los países latino americanos. Si Rusia no consigue traer a su causa a las masas irritadas de los países occidentales, se contenta con despertar en ellos sentimientos pacifistas y con determinar actitudes de prescindencia y neutralidad. Para ello se apoya sobre todo en el sentimiento "nacionalista", avivado y agudizado estos últimos años por las muchas injusticias de las potencias capitalitas e imperialistas. En Latinoamérica es harto sensible este plan de acción moscovita. Aquí mismo en la Argentina, los comunistas tienen sus activísimos agentes destacados no sólo en los medios obreros e intelectuales, sino también en los grupos nacionalistas. Estos últimos días se han reactivado la reuniones de elementos comunistas con los nacionalistas; unos y otros han participado, unidos, en las últimas manifestaciones relámpago. Y las reuniones comunes se han multiplicado. Un lazo común los une: el antiimperialismo yanki agudizado por la ratificación del Pacto de Río.

Presencia ha señalado con toda claridad que si bien son inaceptables los compromisos del Pacto de Río y que si corresponde denunciarlos con toda firmeza, sería criminal encandilarse con este problema y peligro y no advertir que hoy a todos los pueblos civilizados, a todos y a cada uno, les amenaza de manera inminente, un peligro inmensamente más temible, contra el cual se deben concentrar todos los esfuerzos. Por esto es sumamente lamentable la posición del periódico nacionalista *Firmeza* (12. VII.50) que al llevar al primer plano el peligro de los Estados Unidos, le hace el juego a los planes soviéticos. "Se dice por ahí, escribe, que los Estados Unidos defienden la Fe cristiana. No es cierto. Estados Unidos defienden sus propios intereses, que para ellos serán respetabilísimos, pero que a nosotros nos importan una higa. Se dice también que los Estados Unidos defienden la cultura occidental. Falso. Ni la conocen puesto que la cultura occidental es la antítesis de la civilización norteamericana. Defienden lisa y llanamente sus conquistas, sus mercados y sus prebendas ganados a látigo y dólar, en Puerto Rico esclavizado, en la Europa del Plan Marshall y en la América del trigo, y del petróleo y del estaño. Se dice por fin que los Estados Unidos defienden a la democracia. A esto no hay nada que contestar. Allá ellos...".

Aunque esto fuera rigurosamente exacto, los jóvenes que lo han escrito son unos irresponsables. Porque ellos, jóvenes fundamentalmente católicos y anticomunistas, le están haciendo el juego al comunismo. Porque, ¿qué acción más conducente puede esperar de ellos el comunismo en el momento en que se apresta a lanzarse al asalto definitivo contra el Occidente Cristiano, que la de distraer la atención de las gentes del peligro de la Rusia Soviética y concentrarla en el peligro de su poderoso rival?

No. Lo que está en juego en estos momentos, de manera definitiva, no es una disputa de imperialismos. Es algo inmensamente más importante. Es la civilización puesta a prueba por el materialismo ateo. No se trata de apoyar al imperialismo yanki para librarnos del imperialismo moscovita. Se trata de ayudarnos con el poder militar de los Estados Unidos y de todos los pueblos civilizados a defendernos de un enemigo *común*. Y si el poder militar de los Estados Unidos es empleado contra la Rusia Soviética, destructora de la Fe cristiana y de la cultura occidental, ese poder militar se hace merecedor ante esta misma Fe cristiana y ante esa cultura occidental. Es muy posible que los norteamericanos no se decidan a ir a la guerra ni por la Fe cristiana ni por la cultura occidental. Pero el hecho es que ellos emplean la fuerza militar de que disponen contra Rusia que es, primeramente y ante todo, el enemigo de esa Fe y de esa cultura. Aunque pudiera no importárseles una higa esa Fe y esa Cultura, el aparato militar de que disponen y manejan, tiene eficacia para repeler a los enemigos directos de esa Fe y de esa Cultura. Mucho más eficacia que la campaña de sabotaje que cumplen estos "temibles" luchadores de una lírica hispanidad. A los pueblos católicos y civilizados debiera llenarnos de vergüenza no disponer de fuerza para defender los grandes valores que profesamos y necesitar del auxilio de pueblos extraños para defender lo que debemos y que no somos capaces de defender.

Por otra parte, ¿qué naciones están hoy en esta actitud de neutralidad? ¿Acaso los heroicos pueblos de España o de Irlanda? ¿O, en cambio, la desgraciada Yugoeslavia, sometida a la neutralidad y a la "tercera posición" del comunismo de Tito? Hace unos días publicaban los diarios las resoluciones del Congreso nacional de paz reunido en Belgrado. Dicen así: "La política de los bloques rivales de las grandes potencias y la falta de atención a las aspiraciones nacionalistas de los pueblos de Asia y Africa se definen como las más grandes amenazas contra la paz del mundo. Esto se ha puesto de manifiesto de una manera clara y precisa en Corea, donde la rivalidad y la intervención de las grandes potencias ha llevado al estallido de un conflicto armado, acrecentando así el peligro contra la paz y amenazando la independencia del pueblo coreano". (*La Nación*, 18.VII.50). En buena compañía se encuentran estos nacionalistas nuestros.

Nos hemos referido hasta aquí a la actitud que se debe adoptar frente al conflicto que plantea Rusia al mundo civilizado y al motivo fundamental por el cual se debe adoptar. Nos referimos al estado de espíritu que debe animar a un pueblo responsable y con sentido del momento histórico. Hay cuestiones más determinadas y concretas que no entran en la presente consideración. ¿Debemos entrar en Corea o hemos de esperar a que el conflicto se desarrolle en Europa o América? ¿Cuál debe ser nuestra contribución y en qué tipo y monto se ha de concretar?

Lo que importa, lo que sobre todo importa, es tomar conciencia del significado y magnitud de la lucha y de las obligaciones que ella impone a todo pueblo cristiano y civilizado. No tenemos por qué engañarnos. La primera reacción instintiva de nuestro pueblo fué de significativa repulsión a comprometernos en el conflicto. El discurso del Sr. Presidente en el Teatro Colón es harto elocuente. Harto elocuentes también son las declaraciones del Canciller Paz a los periodistas en las que asigna carácter de "acuse de recibo" a su telegrama de respuesta a Trygve Lie, donde manifestaba que "el Gobierno Argentino aguarda... que el Comando Unificado entre en consulta directa con el Gobierno Argentino". La manifestación de Rosario, en la que participaron hombres y mujeres que anduvieron a pie 17 kilómetros, asumió un carácter nada tranquilizador.

La cuestión importante es que el mundo se apresta a contemplar la lucha más titánica de todos los tiempos. Lucha titánica por el poderío de los contendientes; lucha titánica por los altos valores que están en juego. Porque, en definitiva, ahora se va a jugar por las armas y en términos profanos los valores más sagrados del universo. La alternativa, Roma o Moscú, va a ser escrita con sangre en tierra, mar y aire del globo terráqueo. ¿Y la Argentina, trabajada estos últimos años por el antiimperialismo y por el nacionalismo marxista, sin una perspectiva de los grandes valores, sabrá adoptar la actitud responsable y varonil que le cabe a un pueblo con sentido heroico y cristiano de la vida? ¿Querrá seguir la conducta de España o la de Yugoeslavia?

Presencia

LA NADADORA

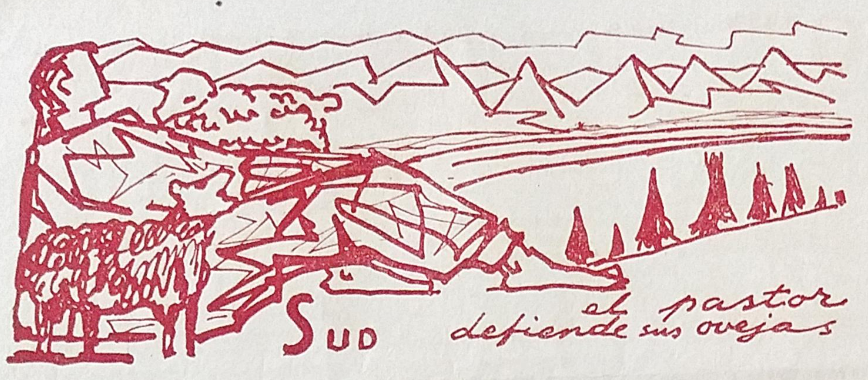
Qué mar la lleva por su cauce limpio?
Ella segura busca el aire y deja
que los brazos, remos de su cuerpo,
abran estelas entre vuelos de olas.

Un son extraño envuelve los murmullos;
el agua pasa y besa
su juvenil figura.

Sauces arriba, y arriba cielo y pájaros,
y en el agua pájaros y sauces,
ella acaricia sombras verdes
y navegan por el aire los jilgueros.

Una voz lejana como el eco
la circunda.
Ella
segura busca playas de alegría.
Sí, allá, allá la voz la espera
entre limpias arenas,
con los brazos extendidos,
—uno de espacio por el cielo
y otro cristalino por los mares—,
con los ojos en otros horizontes,
con mares de ternura,
con cielos de pájaros
y verdes sombras mojadas,
con la imagen juvenil
entre las olas de sus ansias,
con el son marino de los caracoles,
en un lecho de plumas,
en un amanecer de eternidades.
Ella, segura se desliza hacia el encuentro,
armonía de flecha voladora,
con una aureola rosada
por ese mar primero.

Nicolás Cócaro



LA IGLESIA TRAS LA CORTINA DE HIERRO

La Semana Católica de Suiza romana del 27.10.49, publica esta visión panorámica de la situación de la Iglesia "tras la cortina de hierro".

Es éste un año rico en acontecimientos memorables, según se desprende de las manifestaciones de la Santa Sede. Moscú ha lanzado contra ella una ofensiva a muerte. Los "amos rojos" de Rusia parecen haberse decidido a terminar con la oposición que la Iglesia Católica representa en los países satélites.

Según documentación muy seria, el proceso contra el Cardenal Mindszenty ha sido, sobre todo, un proceso contra el Catolicismo como tal, ya que todos los países del bloque oriental han sido invitados a presentar "pruebas" del intervencionismo del Vaticano en su política interior.

Se ha iniciado una guerra franca contra la Iglesia. Después de una decena de meses —y aunque oficialmente todavía no declarada—, esta guerra ha ganado en intensidad. El gobierno rumano, de por sí, ha denunciado unilateralmente, el 17 de julio de 1948, su Concordato con la Santa Sede. Por un decreto del 4 de agosto, ha prohibido al clero rumano toda comunicación con el Vaticano; y por otro decreto que data del 8 de agosto, las últimas posibilidades de cualquier actividad autónoma por parte de la Iglesia, han sido reducidas a la nada.

Han seguido numerosas deportaciones de sacerdotes. Además, ya a fines de septiembre último, 51 eclesiásticos estaban en prisión y esta cifra no ha cesado de aumentar luego.

Por otra parte, la educación de los jóvenes seminaristas se ha tornado imposible. Por fin, simultáneamente, se ha desencadenado una violenta campaña destinada a forzar la adhesión de 300.000 católicos rumanos de rito oriental, al cisma "pravoslavo".

De esta manera han sofocado, prácticamente, la vida católica en Rumania.

En Polonia, donde el 90 % de sus habitantes son católicos, la lucha contra la Iglesia no ha pasado todavía del proceso de intimidación.

No obstante, los camaradas Zavadzki, secretario del partido Comunista polaco y Cyrankievicz, primer ministro, ya han anunciado en sus recientes discursos, el advenimiento de una lucha a muerte contra el Clero, si éste no se decide a colaborar con el régimen.

Estos dos discursos de altas personalidades "rojas", presentan una mezcla curiosa de halagos y amenazas dirigidas a los católicos. Ellos caracterizan, harto bien, la actitud de Varsovia para con la Iglesia: el deseo de hacerla desaparecer en Polonia, y el temor de las profundas reacciones que esto provocaría en el país.

Con todo, la Jerarquía católica polaca, firmemente decidida a oponerse al comunismo, no se hace ilusiones. Está persuadida de que la hora de las persecuciones se aproxima.

Numerosas señales precursoras, alejan todo lugar a dudas.

Esta acaba por sonar, por otra parte, en Hungría. En este país se sabe perfectamente que el único motivo del arresto del cardenal Mindszenty, obedece sólo a su negativa de colaborar con los comunistas. Los "rojos" tienen, en efecto, una mentalidad particular. 500.000 textos escolares se han impreso en Hungría, en el transcurso del pasado año. En estos manuales el régimen afirma con insistencia que "no hay lugar para Dios en el mundo" y que "todo sentimiento religioso, no es más que superstición". A pesar de lo cual, el Gobierno espera contar con el apoyo de un príncipe de la Iglesia Católica, para este género de enseñanza!

En Checoeslovaquia —donde hasta el momento las relaciones entre la Iglesia y el Estado eran menos tirantes—, acaba de desatarse una violenta campaña contra el clero católico. La prensa y la radio atacan furiosamente, señalando particularmente a Mons. Joseph Beran, Arzobispo de Praga. Se le reprocha, —como también a sus ovejas—, una actitud "hostil" con respecto a la República popular. El hecho de que no sólo el tono de la ofensiva, sino hasta los argumentos sean idénticos a los empleados, hace un año, contra Mons. Mindszenty, es sorprendente.

No puede haber ninguna duda: en todo el frente de los países satélites de la U.R.S.S., se ha lanzado un ataque en regla contra la Iglesia. La división entre los fieles; la traición y, en consecuencia, la conformación de Iglesias nacionales sumisas a Moscú, son el objetivo inmediato. La propaganda y el terror, sirven de armas. El juego es claro, pero no por ello, menos peligroso.

El panorama de esta situación, compleja y peligrosa, preocupa a la Santa Sede. Ella quiere siempre y ante todo la paz. Pero entre una guerra y el hecho de ceder a todas las exigencias rusas, existe un gran margen. Ahora bien, esta última tendencia parece dominar, hoy día, a las grandes democracias, y esto podría hacer particularmente difícil la defensa de la Iglesia Católica en los países de la Europa central y oriental.

La Santa Sede reúne sus fuerzas. Señala con insistencia la necesidad de no ceder, ni retroceder. Ninguna posición de la Iglesia —dice— puede ser voluntariamente abandonada a los enemigos de la Iglesia. Por otra parte, la fe y la fuerza de los sentimientos religiosos en los países dominados por el Kremlin, son sorprendentes. Aunque a menudo lleguen al frenesí,

LITURGIA

En más de un detalle, en mil síntomas de este mundo moderno que constituye el contorno vital del cristiano de hoy, puede comprobarse aquello de que el Diablo es el mono de Dios. Y no es por cierto el peor método para rastrear sus monerías, seguir los pasos de los incontables miembros del "Corpus Diaboli", aunque complique no poco la pesquisa el hecho de que suelen darse en un mismo sujeto, en forma alternativa y hasta simultánea, las dos incorporaciones. Porque si bien sabemos que no puede servirse al unísono a Cristo y a Belial, no podría negarse que Belial suele aprovechar las tonterías de los cristianos, ni que, en definitiva, Cristo ha de valerse hasta del mismo Belial.

Como quiera que fuese (sin entrar a estudiar aquí las modalidades peculiares a cada cristiano, de la lucha entre la Gracia y el Pecado), lo cierto es que a través de las simiescas actitudes de quienes aquí y allá remedan cuanto hace, dice y obra la Iglesia de Cristo, se puede descubrir la encubierta presencia de aquél cuyo más astuto ardid, como se ha dicho con razón, es pasar desapercibido. Porque al fin de cuentas, ora actúen sus incondicionales esclavos, ora sean los que le secundan sin sospecharlo, es siempre el Gran Simio quien inspira tales actos y cosecha sus frutos.

Un vastísimo campo se abre a la imitación diabólica. El Dogma, la Moral, la Disciplina Canónica, el Santoral, la Ascética, la Mística y mil otros aspectos de la vida



son de una pureza edificante. Debilitarlos, disminuir su intensidad, adoptando una actitud indecisa, equivaldría a socavar la resistencia de la Iglesia en el mundo.

Así, en el momento en que las grandes capitales del mundo dirigen su mirada hacia Roma, el Vaticano ha designado, como nuevo primado de Polonia, al más joven y al más intransigente de los Obispos de ese país, y su Santidad Pío XII, en su discurso de Navidad, ha clamado contra la idea de una "paz a todo precio".



SIMIESCA

de la Iglesia son objeto permanente de la simiesca observación del Maldito... Mas ninguno ha de resultarle tan tentador como el Culto Divino. ¡La Sagrada Liturgia! ¡Qué fuerte emoción la de tomar para sí el tributo de alabanza que Dios se ha reservado en todo corazón humano! ¡Qué sabroso desquite ese de vaciar templos y desnudar altares a fuerza de remedar ritos, embobar conciencias y juntar en rebaño a los estúpidos admiradores de cuanto de cerca o de lejos tienda a implantar el reinado universal de su laica, cívica y soberana Majestad!

Los "altos" de Israel, los cultos cívicos de "l'Ecole Normale", el Becerro de Oro del Desierto, la estatua de Nabucodonosor, las mascaradas de Robespierre, los sacrificios humanos de boales e ídolos sedientos de sangre, las concentraciones de turbas proletarias domesticadas... En la antigua Babilonia, en la moderna Moscú, en Nueva York... ¿qué? ¡hasta en Venado Tuerto y sus maizales! ¡De qué variadas formas se han valido y se valen los siervos de Satán para rendir culto a su amo! ¿Y qué decir de las curiosísimas amalgamas y mescolanzas en que alternan lo sacro y lo profano? ¡Cuántas veces, so pretexto de consagrar lo profano se profana lo Sagrado!

Doloroso sería recorrer paso a paso tanta usurpación de honores y alabanzas. Pero el Diablo es también el Gran Ridículo, y por eso no resulta del todo difícil descubrirle las patas a la Sota.

BOANERGES

EL SAN MARTIN DE CARLOS IBARGUREN

Es un magnífico libro, pero no es el magnífico libro. Es un libro más sobre San Martín, pero no es el gran libro, que esperábamos, sobre San Martín. Sabíamos que el doctor Ibarguren iba a publicar esta obra y la esperábamos con ansias. Por eso, también la leímos con ansias, con nerviosidad y con desilusión. Desilusión total, no; pero parcial sí. Es que ansiábamos algo mejor aún; ansiábamos algo que superando a Carranza, a Gutiérrez, a Mitre y a Rojas, nos ofreciera un San Martín real, con realidad total, sin amputaciones, sin subjetivismos.

El libro de Ibarguren no nos ha satisfecho, pero es, hasta la fecha, lo que más nos ha satisfecho. En su *San Martín Intimo* hay mucha intimidad que procede más del biógrafo que del biografiado, pero esa intimidad está más en consonancia con la sanmartiniana que la intimidad sectaria de Gutiérrez, o la intimidad sin intimidad de Mitre, o la intimidad liberaloide de Rojas.

Como en los retratos del físico de San Martín, tantos y tan disímiles, (y tan feos, por lo general), también los psíquicos van siendo tan variados como personalísimos. Este personalismo no se refiere a San Martín sino a los autores que sobre él han escrito.

Y es que aún no podemos conocer de veras a San Martín. Su correspondencia es, todavía, escasamente conocida. La mayor parte de la íntima, que es la más reveladora, es aún desconocida. Los hechos públicos son conocidos pero muy superficialmente.

¡Pero se ha escrito una enormidad de libros sobre San Martín! Es cierto, pero todos ellos, con raras excepciones, son migajas de la mesa de Mitre, recalentadas y transformadas por historiadores que no pasan de ser unos vulgares maestros normales. Otero metió en su olla a todo Mitre y salió el bodrio que nadie conoce y nadie aprecia. ¡Felizmente! Rojas se inspiró en Mitre, pero en alas de su fantasía y de su poderoso cerebro, fraguó un santo de su devoción, pero no de la devoción popular.

Tal vez el de Ibarguren llegue a contar con mayor aceptación. Tal vez, decimos, porque en ese *San Martín Intimo* hay demasiado que dudosamente responde a la intimidad de San Martín.

¡Lo que dice de Rivadavia y lo que dice de Rosas! Eso no, porque eso sí que responde a la intimidad de San Martín. Pero aún en estos puntos, Ibarguren anda con miedos. "Rivadavia miró a nuestro Libertador como un rival o émulo que le sería peligroso en la Argentina. He aquí, quizás, la razón más explicable de las persecuciones de Rivadavia contra San Martín". Rivadavia fué detestado por San Martín ("Siento tanto desprecio por su obra como por su innoble persona") como había sido detestado por Moreno, porque era tan idiota como presumido, tan escaso de intelecto como repleto de suficiencia propia. Esa es la razón por la que San Martín marcó con hierro candente la frente del hombre más nefasto en la historia argentina. En esto coincidía con el chileno Irrisarri, que conoció a Rivadavia en París y nos dejó de él un cuadro tristísimamente realista.

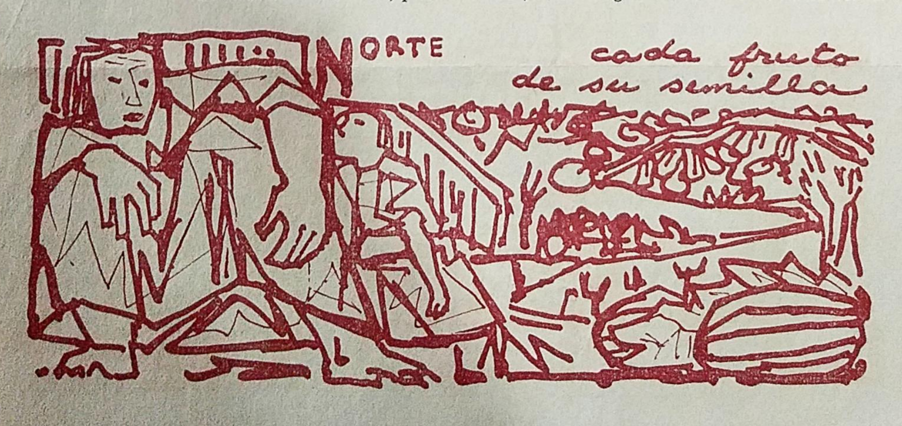
Tampoco nos quejamos de que Ibarguren opine y pruebe, y con pruebas harto elocuentes, que San Martín simpatizó con Rosas. Negar esa amistad cordial e íntima, es negar que dos y dos son cuatro. Muy descalzo ha de estar de entendederas quien niegue esa íntima cordialidad.

Son otros los tópicos que Ibarguren no ha tratado, al querer mostrarnos su *San Martín Intimo*, o no ha querido tratar. Vamos a tomar un ejemplo. Escribe Ibarguren: "¿Cómo en breve espacio de tiempo, se pregunta Mitre, en pobre y oscuro rincón del país, sin fuerzas militares poderosas, San Martín, sin hazaña ruidosa que lo señalara, sin tesoro, y guiado por su sola inspiración, pudo realizar la gran empresa?". Se refiere a la de cruzar los Andes.

"Podemos responder a ese historiador, agrega Ibarguren, señalando los caracteres dominantes y las virtudes de la vieja población andina". La respuesta a nada responde, mucho menos a la realidad histórica. Los documentos son ya demasiados en número y en elocuencia para que sigamos engañándonos.

Sin dejar de reconocer la generosidad (espontánea o forzada) de los cuyanos, hay que reconocer que San Martín, con mano blanda, unas veces, con mano dura, otras veces, y con mano pesadísima no pocas veces, sacó de los habitantes de Cuyo cuanto tenían, aún para sus necesidades más perentorias. No condenamos el proceder de San Martín, ni legitimamos el principio de que el fin justifica los medios. Pero el hecho es que, a las buenas o a las malas, formó y equipó el gloriosísimo ejército. Para eso hizo lo que hizo, no por ostentación, lucro, politiquería.

A los documentos ya éditos, agregamos estos inéditos: "Para poder tener en estado de buen servicio las caballadas que han de ocupar las tropas de esta guarnición en los destinos a que deben ser destinados, en la próxima apertura de la Cordillera, contra los ti-



ranos de Chile necesita este Gobierno le franquee Vd. dos alfalfares de los que posee, los que serán electos por el Comisionado en este Ramo D. Pedro José Aguirre, según tales órdenes que se le han comunicado. El Erario público está exhausto, y aunque cree este Gobierno que Vd. no distará de cooperar por este medio a asegurar sus mismos intereses y aun su individuo, donando gratuitamente los pastos que se le piden, sin embargo si sus circunstancias no se le permiten hacer esta demostración propia de su Patriotismo, se le mandará satisfacer su importe luego que mejore nuestra situación, para cuyo efecto se documentará Vd. competentemente.

Dios guarde a V. M. S. A. S. Mendoza 23 de Septiembre de 1815".

José de San Martín.

Meses más tarde, un acaudalado vecino de Mendoza recibe esta orden: "Inmediatamente que Vd. reciba ésta, pasará a este Gobierno una lista de los esclavos que posea, en la inteligencia que, si fuese inexacto, será Vd. condenado a la pérdida de todos sus bienes.

Dios guarde a Vd. muchos años. Mendoza 1º de diciembre de 1815".

José de San Martín.

Así lo hizo el demandado, ese mismo día o al siguiente, y con fecha 3 de diciembre recibió esta orden: "Para el lunes próximo a las 8 de la mañana deberá Vd. presentar al Señor Contador don Domingo Guerrero todos los esclavos de su propiedad que anuncia en su nómina pasada a este Gobierno.

Mendoza 3, de Diciembre de 1815".

San Martín.

Como en la lista no constara la posesión de un negrito, todavía niño, San Martín ordenó la incautación de todos los esclavos de ese señor y le impuso, además, una multa de 200 pesos. Reclamó contra esto segundo, diciendo que la omisión era involuntaria, pero San Martín escribió al margen de su nota: "No ha lugar".

San Martín, para proveer al ejército, llegó a hacer en Cuyo lo que Rivadavia para satisfacer a sus paniaguados, hizo después en Buenos Aires, pero ¡con qué diferencia! Con noble habilidad y con formas de perfecto caballero, se aprovechó San Martín de todos los bienes con que contaban los Conventos, aun de los dineros o intereses de las Capellanías, pero no hubo fraile que no besara la mano de quien así los esquilmaba. ¡Cuán otra fué la conducta del neroncillo que actuó a la sombra de Rodríguez y que las Logias han jurado convertir en prócer!

Procedió San Martín con un absolutismo sin antecedentes en estas regiones de América, obró con un despotismo de guante blanco, llegó a la realización de su objetivo con un totalitarismo que hoy nos escandaliza. Cierto es que no entendió nunca la metafísica de las democracias, que ya en su tiempo se abrían camino.

Querer darnos un *San Martín Intimo*, y pasar por alto esta conducta del héroe argentino, es una falla sensible y lamentable. Tal vez, a esta misma falla haya que atribuirse lo poco y anodino que nos dice Ibarguren sobre el sincero monarquismo de San Martín. Su temperamento realista le ponía en el fiel de la balanza, por lo que respecta al sistema monárquico o republicano, y por lo que toca al federalismo o unitarismo. El gran soldado era demasiado práctico para alucinarse con esas palabritas y con cuanto de efímero y pasajero ellas entrañan. Lo único que le preocupaba era la independencia, la paz, el progreso, la cultura y el respeto a la religión. Una de sus misivas a Godoy Cruz, en vísperas de declararse la independencia argentina, es harto elocuente a este respecto.

En cuanto a los afanes culturales de San Martín, Ibarguren peca por exceso. El héroe argentino escribe que convendría fundar una escuela de matemáticas en Santiago, rasgo que pone de manifiesto sus afanes por la cultura, según el doctor Ibarguren, quien olvida que por "escuela de matemáticas" se entendía una logia, una filial de la Lautaro.

Pero, en el libro de Ibarguren, las luces priman sobre las oscuridades, los aciertos superan, y con creces, a los errores. La conjunción íntima de dos almas, la del biografiado y la del biógrafo, podrá a las veces inducir a falsas perspectivas, pero es algo tan humano que así suceda, es casi imposible que así no suceda, cuando se trata de intimidades.

Esto no obstante, hemos de manifestar que, después de leer el volumen de Ibarguren, no hemos podido formarnos un concepto cabal del héroe. Su autor nos ofrece piezas sueltas, preciosas, bruñidas, íntegras, pero son al cabo piezas sueltas; todas ellas resultan una obra de *maqueterie*, pero no una joya en la que todas las partes respondan a un principio unificante y unificador.

Tal vez exigimos del doctor Ibarguren más de lo que él se propuso darnos, más de lo que él creyó conveniente darnos. Tal vez se propuso escribir un libro popular, no un libro sabio; un libro para los que poco o nada conocían al General San Martín, no un libro que fuera la solución de todos los puntos oscuros y difíciles que hay en la vida de San Martín. Si esto es así, su libro es insuperable, o casi insuperable.

Aldo Capdequí

LA REFORMA AGRARIA EN HAITI

La América no es solamente tierra de héroes sino que tiene su monopolio. En cierta ocasión polemizaba el señor Parra Pérez, ministro de Venezuela en España, con un inocente periodista madrileño que se había atrevido a comparar Alejandro, César y Napoleón con Bolívar. Y el dignísimo diplomático americano, con justo celo patriótico, anonadó a su contrincante afirmando dogmáticamente: "a Bolívar no se le compara; se le separa". Nada, pues, de parangones odiosos con los demás heroicitos subalternos de la Historia; los nuestros, como Fangio, ganan siempre.

De otro privilegio monopolista goza la feliz América. Mientras la Europa suele gemir bajo tiranías monárquicas o nazi-fascistas, al punto que sólo puede producir santos, sabios, artistas, inventores y otras vanidades, nosotros producimos libertad. Siempre fuimos así. Por eso, cuando mi tatarabuelo (que era gallego) tiranizaba a mi bisabuelo (que era porteño) éste con su espíritu democrático se rebeló contra su padre y sus tíos peninsulares; de donde se derivó la Emancipación.

Con tales antecedentes, que determinan nuestro culto americano a la Libertad y a la Independencia como únicos valores absolutos y fines en sí mismos, me extraña que Haití no tenga en nuestros altares el lugar que, con menos títulos, detentan otros países cuyas Emancipación y Libertad son de menor cuantía. Pues solemos olvidar que aquella obscura mitad de la antigua Isla Española dió su grito de independencia el 14 de agosto de 1791; o sea bastante antes que el grito de Dolores (el más lógico de los gritos), el de Asensio y el de Ipiranga.

Quizás el alarido haitiano —lo admitimos— fuera un poco fuerte y con acento un tanto exótico. Pero en cambio, resuena contemporáneamente con esa misma Marsellesa cuya música marcial y sublime literatura nos estremecía de emoción cuando el año de 1945 marchábamos por la calle Callao en pos de la Libertad. Además, reconoscámosle, y admirémosle, la valiente lógica conque los haitianos aplicaron los mismos principios libertarios que animan a nuestra Democracia. Fueron verdaderos maestros. Nada de limitarse a la "libertad de vientres" (como hicimos por acá previniéndonos contra una posible carestía del servicio doméstico); y nada de proclamar la igualdad manteniendo a los esclavos, como hicieron los avivados constituyentes de Filadelfia. Allí la Revolución fué en serio: los esclavos se convirtieron en amos y los amos en cadáveres.

No paran en eso los méritos de Haití. Tatadiós Bolívar admiraba las brillantes leyes constitucionales de una república donde lo único opaco era la tez de los honrados ciudadanos. Y el mundo en general —no ya la América en particular— debe a la originalidad afroantillana el invento del fascismo antes del Duce; del trabajo compulsivo antes de Lenín; y de un "imperio" sin conexiones con el romano ni con Carlomagno antes del de Pedro en el Brasil; del de Maximiliano en Méjico; del de la Reina Victoria en la India o del "Ré Vittorioso" en Abisinia.

La cosa empezó con Todos los Santos de la Apertura, nombre pintoresco de un negro que tenía el alma roja de los grandes guerreros. Cuando terminó de degollar blancos hasta no dejar ni uno vivo, *Saint Domingue* era tan libre como cuando los antepasados hotentotes se devoraban unos a otros en la selva africana.

En esa larga lucha, los morenitos habían derrotado generales de Napoleón antes de lo ocurrido en Bailén. Pues la expedición del cuñadísimo Leclerc (en 1802) fué vencida por una combinación de colores: la fiebre amarilla y el entusiasmo negro. Aunque Leclerc consiguió apoderarse a traición de Toussaint - Louverture y llevarlo prisionero a Francia donde murió de frío en las montañas del Jura, los gabachos murieron oportunamente de calor y hasta la hermana de Napoleón quedó viuda. El sucesor de Leclerc fué Rochambeau, y el de Toussaint fué otro negrazo: Dessalines. Pero se cambiaron pocos golpes porque el Señor de la Europa Continental tiró la esponja, y el 1º de enero de 1804 Dessalines pudo proclamar la independencia y cambiarle al nombre a *Saint Domingue*, que en adelante se llamaría Haití.

Dos monarcas tuvieron el honor de conducir al nuevo ente internacional por sus primeros derroteros:

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes.

Dirección y Administración:

Venezuela 649 — T. E. 30 - Catedral - 2845

Se imprime en casa de Don Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar	$	1.—
Número atrasado	„	2.—
Colección del año 1949	„	30.—
Suscripción anual	„	24.—

el Emperador Dessalines (1804-1808) y el Rey Cristóbal, (1808-1820). El primero, anticipándose a Rusia, dividió la población en dos castas: los labradores (u obreros) y los soldados. El segundo (quizá viendo que al otro lo habían asesinado los de la tercera posición) no quiso ser "el único noble" (como sostenía el finado Dessalines) y se rodeó de una corte otorgando a los generales títulos a la vez de nobleza y de propiedad.

Pero ambos se parecieron en ésto: que hicieron trabajar de firme a los flamantes ciudadanos traspasando el látigo de los antiguos capataces blancos a los nuevos capataces militares. Pensaban que la libertad y la justicia suelen hermanarse con la haraganería, y que al fin y al cabo Haití necesitaba divisas para seguir tirando; incluso para comprar armamentos y tirar tiros si acaso le daba la loca a la Santa Alianza por hacer un desembarco en la isla.

Los haitianos se las vieron negras. ¿De qué les valía la Libertad? Cierto es que la exportación de azúcar y de ron alcanzaba los niveles de preguerra, o sea de los tiempos en que la nobleza de Francia era propietaria de los medios de producción. Pero el sistema no era democrático ni los cintarazos tampoco. Un grupo de ricos terratenientes, aunque cafres, constituían la nueva oligarquía, mientras los trabajadores de las plantaciones se morían de envidia cada vez que dejaban el candombe para volver al surco.

Entre tanta negrura no podía menos de descargar la tormenta. El mulato Petion, educado en Francia y perfecto conocedor teórico de las ventajas de la pequeña propiedad, se dispuso a destruir los grandes litifundistas. Se granjeó voluntades; se alzó con la mitad sur del reino de Cristóbal 1º y en su república, donde estableció el voto libre y el sistema parlamentario, distribuyó tierras a todo el mundo junto con la libertad verdadera.

Desde 1818 le sucedió otro mulato, Boyer, que en 1820 reunió las dos mitades separadas de Haití. Se encontró conque Cristóbal había dejado un norte próspero pero institucionalmente atrasado. Tuvo que aplicarle enseguida el sistema de Petion; dictó un notable "Código Rural" y se murió de viejo después de haber sido veintitrés años presidente; con lo que —dicho sea de paso— estableció un precedente americano que muchos se apresurarían a imitar.

Petion y Boyer son los padres de la Democracia haitiana; la razón por la que hoy nuestra república hermana puede sentarse dignamente en los cuerpos deliberativos de las Naciones Unidas. Pero no puede decirse que sean los padres de la agricultura, ni del bienestar, ni del orden, ni de la pujanza, ni de nada que no sea aquel noble justicialismo agrícola. Porque en cuanto se les dió a los simpáticos morenos la propiedad y la libertad dejaron la caña de azúcar por la caña líquida, y en pocos años (hacia 1842) un contemporáneo, Schoelcher, podía escribir un juicio imparcial que todavía tiene validez:

"Los campos de Haití están muertos. Allí donde bajo la esclavitud se producían millares de toneladas de azúcar, vénse ahora sólo unas cuantas cosechas y una producción muy pequeña de ron crudo. Los cactos cubren de espinas los campos de caña e invaden los pueblos... La gente se queja de ser pobre y de no poder dedicar bastante dinero para las mejoras indispensables... Y si los propietarios no pueden ni siquiera hacer trabajar adecuadamente sus tierras ¡imagínense en qué condiciones se hallarán los pobres!".

Pero los haitianos estarán contentos porque la negra envidia no corroe ya sus negros corazones y los negros latifundistas están tan embromados como sus no menos negro labradores. Por eso los verdaderos héroes nacionales de Haití no son Toussaint, ni Dessalines ni Cristóbal, por bravos, enérgicos e inteligentes que hayan sido, sino los democráticos, Petion y Boyer cuyas sabias leyes enternecían a Bolívar, y siguen enterneciendo todavía a otros bolivianos.

Javier S. Saraza

LOS EVENTUALES ADVERSARIOS EN UN CONFLICTO MUNDIAL

Cuando terminó la última guerra, dije a mis amigos que Norte América tenía cinco años para descansar de su esfuerzo y reemprender la marcha que había iniciado al intervenir en la gran política mundial con más decisión que nunca. Porque preveía, como lo escribí durante el conflicto, que la nueva posguerra sería peor que la precedente de 1918 a 1939, y que el triunfo de la coalición anglo-ruso-norteamericana, una vez resueltos los problemas que provocaron su formación, debería encarar otros más graves. Y que si Norte América volvía al aislacionismo de que la sacara Roosevelt y daba a Rusia un respiro de 20 años —como los vencedores de 1918 se lo dieron a Alemania— correría el riesgo de ser sorprendida por un nuevo Pearl Harbour, esta vez irreparable. A principios de 1948, en un famoso discurso, Churchill confesó que en 1945 pensó que las democracias occidentales tenían 5 años para arreglarse con Rusia, pasados los cuales la guerra entre ellas sería inevitable. Este año Bertrand Russell ha declarado que Occidente, o hace la guerra, o será comunizado como el resto del mundo.

Las premisas en que me basaba eran: que el arreglo con Rusia, pasado el motivo circunstancial que unió a las potencias capitalistas con los comunistas en contra de Alemania, era casi imposible; que el expansionismo de la Rusia vencedora sería mayor que el de todas las otras potencias continentales europeas que se habían turnado en el primer rango, al combinarse las ambiciones tradicionales de los zares con la difusión de la ideología comunista; que la forma de gobierno les permitiría a los dirigentes soviéticos preparar la guerra en tiempo de paz todo el tiempo que creyeran conveniente, mientras los norteamericanos lo podrían cada vez menos a medida que se alejara el recuerdo de la lucha anterior. Los hechos del medio lustro pasado probaron la dificultad del arreglo. Pero el expansionismo ruso, al no prepararse en silencio para elegir una ocasión futura decisiva, al aprovechar todas las ventajas actuales de su posición estratégica, geográfica y política, arrancó a los yanquis de la ilusión que acariciaron en 1945, de haberlo arreglado todo con la victoria sobre el Eje. Y éste es el momento en que el pueblo norteamericano, en todos sus cetos, parece haber comprendido la inmensa responsabilidad que ha cargado sobre sus hombros.

Conviene aquí analizar las probabilidades respectivas de los dos principales protagonistas de una eventual conflagración.

Las de Rusia son evidentes. Tiene el mejor ejército europeo del momento. Cuenta con reservas que siempre fueron famosas por su número, pero que se han multiplicado extraordinariamente por la inmensa zona en la que ha extendido su influencia. Está trabajando en la producción de la bomba atómica. Y por sobre todo dispone de lo que se podría llamar monopolio de la más peligrosa arma secreta: la guerra bacteriológica moral, que puede atacar a sus enemigos en el interior, quebrando la solidaridad de los pueblos con sus respectivos Estados. Otra de sus ventajas es su forma de gobierno. Entendámonos. Quiero decir, no que su organización política sea la mejor (puesto que creo lo contrario), sino que para la preparación de la guerra es momentáneamente la más adecuada. El Politburó no tiene que discutir públicamente su programa diplomático o militar con otros cuerpos de Estado, ni con la prensa nacional; no debe pedir autorización legislativa para fijar el número de los efectivos que asignará a sus diversas fuerzas armadas o los recursos financieros que los costearán. Por otra parte sus dirigentes son capaces de todas las maniobras imaginables, de todas las decisiones posibles. Esos hombres forman una generación política fundadora de un régimen, lo que significa una combinación de capacidad, heroísmo y suerte que le da grandes ventajas sobre los grupos equivalentes de las grandes naciones gobernadas por equipos de relevo en un sistema regular. Siempre me pareció que los comunistas rusos, Lenín, Trotzky, Stalin y hasta sus segundones eran superiores a los políticos prácticos de las democracias occidentales, como Clemenceau y Poincaré, o Lloyd George y Churchill, o Wilson y Roosevelt. Pues además de ser casi los dueños de la ideología izquierdista que todos compartían, aquéllos tienen nociones del realismo tradicional que estos últimos no aprendieron u olvidaron. Si a eso se agrega que de los primeros Stalin sigue en su puesto, mientras los segundos fueron todos desplazados y en su mayoría murieron, la diferencia a favor de los rusos es evidente. La experiencia acumulada por los hombres del Kremlim sobre política revolucionaria, tal como se desarrolla en nuestro tiempo, y sobre la diplomacia mundial del último medio siglo, no es sin duda comparable a la de que disponga ningún gabinete de otra gran potencia. Elementos que, todos juntos, parecen volver incontrarrestable la acción soviética en la guerra, como hasta ahora lo ha sido en la precaria paz de 1945 a 1950.

Las probabilidades de Norte América, aunque menos evidentes, no son menores. Al enumerar las ventajas de Rusia adelantamos implícitamente los inconvenientes con que tropieza su rival: la publicidad de todas sus decisiones importantes, la falta de consumada experiencia en el jefe del Estado, etc., etc. Pero en realidad son esos defectos de virtudes. La libre discusión con que se adopta una política en Norte América es el mejor fundamento de la solidaridad total con que la hemos visto en la última guerra producir para abastecer de material bélico a todo un mundo coaligado contra el Eje, y pelear en Europa y Asia, para abatir con un brazo a Alemania y con el otro al Japón. Esa persuasión común a todo un pueblo sobre una lucha a vida o muerte, es muy superior a la unanimidad impuesta a la fuerza por un gobierno totalitario, cuando éste no tenga al empeñarse en ella motivos de impostergable urgencia para sus gobernados. La república norteamericana vacilará más que el soviet en adoptar una política, tardará más en persuadirla a sus compatriotas, deberá sufrir todas las desventajas de la defensiva sistemática, para demostrar que no es agresora, se privará siempre de la iniciativa y la sorpresa estratégicas. Pero una vez comprometida en la lucha peleará con una decisión más inquebrantable que la impuesta por una disciplina formal. Por añadidura esa libertad ejerce una especie de imantación sobre los grandes espíritus científicos del mundo entero, como se vió en el caso del nazismo, que perdió a varios de los inventores alemanes de la bomba atómica por incompatibilidad de éstos con el régimen imperante en su patria. Y en una época de producción bélica no es pequeña ventaja contar con los sufragios secretos o públicos de los hombres de ciencia. En ésta reside su verdadera superioridad, que se puede apreciar por lo que hizo entre 1939 y 1945, con una planta industrial que no su-

frió un solo bombardeo, mientras sus enemigos y sus aliados quedaban parcial o totalmente en escombros. Cuanto a la experiencia política y diplomática, si no tan concentrada en grandes espíritus envejecidos en el gobierno, como la que los rusos tienen en Stalin, no carece absolutamente ni siquiera de ésta (pues conserva a los jefes militares vencedores y a varios colaboradores civiles de Roosevelt) y dispone de la alcanzada por todo un pueblo consciente de su destino. La bomba atómica es a mi ver la menos importante de las cartas que Norte América tiene en su juego, desde que Rusia posee el secreto de su fabricación y trabaja en producirla.

La ausencia (aunque en diverso grado) de principios espirituales en las respectivas organizaciones de ambas potencias rivales, y del único poder esencialmente espiritual en la sociedad de las naciones, vuelven difícil la solución del conflicto. La esperanza de que se mantenga la paz durará mientras la que no abusó de su fuerza en el último lustro (cuando era la más fuerte) siga equilibrando como ahora el creciente poderío del soviet.

Julio Irazusta

LA DECLARACION ECONOMICA DE MONTEVIDEO

Entre los días 5 y 21 de junio de este año, tuvo lugar en Montevideo la 3ª reunión de la Comisión Económica para América Latina (C.E.P.A.L.) de las Naciones Unidas.

Entre las varias resoluciones allí tomadas se destaca la referente a "Desarrollo Económico y Política Anticíclica".

Su importancia reside en que implica un enfoque nuevo, propio y realista para los principales problemas que plantea el desarrollo de los países de la periferia económica como son los latino-americanos principalmente exportadores de materias primas a los grandes países centros industriales y financieros.

Transcribimos a continuación la parte esencial de los diez puntos que componen esa declaración.

(2) ..."Recomienda a los Gobiernos latinoamericanos determinar las metas específicas del desarrollo económico y establecer un orden de prelaciones en su realización, a fin de obtener el aprovechamiento armónico de aquellos recursos y evitar que ciertas actividades se desenvuelvan en detrimento de otras más provechosas para la economía de cada país".

(3) ..."Señala a la atención de los Gobiernos miembros de las Naciones Unidas la necesidad en que se encuentran los países latinoamericanos, de procurar tal empleo completo y más productivo mediante el desarrollo de las industrias en armonía recíproca con el progreso técnico de la agricultura y de las demás actividades, con el fin de satisfacer las necesidades básicas de la economía y la población de cada país, dando preferente utilización a sus recursos naturales;

Recomienda a los Gobiernos latinoamericanos, adopten las medidas adecuadas para mantener estimular y desarrollar dichas actividades y reconoce que, a esa finalidad, podría ser indispensable, en ciertos casos usar de las medidas necesarias de protección".

(4) ..."Teniendo en cuenta que la limitación de los mercados internos es uno de los obstáculos más importantes en el desarrollo de la producción de los países latinoamericanos.

Recomienda a los Gobiernos latinoamericanos que, al tomar las medidas a que se refiere el punto III, tengan en cuenta las posibilidades de expansión de la demanda mediante el intercambio recíproco, a fin de lograr una mejor integración de sus economías y un más elevado desarrollo de su productividad y de su ingreso real".

(6) ..."Recomienda a los Gobiernos latinoamericanos tomar medidas para estimular y diversificar las exportaciones.

Recomienda, asimismo, a los Gobiernos latinoamericanos, que al modificar la estructura de las importaciones para el mejor logro de los propósitos de desarrollo económico, no se restrinja su volumen por debajo de la capacidad para importar, a fin de no entorpecer el desarrollo correlativo de las exportaciones."

(7) ..."Teniendo en cuenta que las exportaciones latinoamericanas son afectadas por medidas que, con fines de protección o con otros propósitos, son adoptadas o pueden ser adoptadas por países compradores de las mismas;

Señala a la atención de los Gobiernos de dichos países que la adopción de medidas que puedan entorpecer las exportaciones de productos de los países latinoamericanos, obstaculizan el desarrollo económico de éstos, afectando adversamente su capacidad para importar, lo que les obliga a restringir sus importaciones de bienes de capital y otros bienes esenciales para su economía y su población".

(10) ..."Teniendo en cuenta que las medidas de política anticíclica, lejos de ser incompatibles con los planes de desarrollo económico los complementan.

Recomienda a los Gobiernos latinoamericanos, que en sus planes de desarrollo de las actividades internas, consideren la conveniencia de dar a las importaciones una composición que permita adaptarlas fácilmente a las disminuciones cíclicas de la capacidad para importar, haciendo así posible la aplicación de medidas anticíclicas, sin provocar desequilibrios en el balance de pagos".

Basta la simple lectura de estos puntos para comprender que nos encontramos bien lejos de las declaraciones generales en las reuniones económicas internacionales. No se trata del corriente planteo teórico, liberal y librecambista.

Tres son las características novedosas, en resoluciones de convenciones internacionales. En primer término al señalar que cada país debe proponerse metas económicas, llegando por ello a seleccionar sus importaciones y fomentar su propio desarrollo industrial, aún con métodos proteccionistas, se abandona la dañina ficción de que económicamente el mundo es un solo ámbito sin fronteras.

Con particular satisfacción debe verse que una teoría sana se va abriendo camino y se van concretando principios que la doctrina católica ha venido repitiendo infatigablemente. Así en la alocución que S. S. Pío XII dirigiera a los Miembros del Congreso de Política de Intercambios Internacionales el 7 de mayo de 1948: "La economía nacional, en cuanto que es economía de un pueblo incorporado en la unidad del Estado, es en sí misma una unidad natural, que pide el desarrollo más armónico posible de todos sus medios de producción en todo el territorio habitado por el pueblo mismo. Por consiguiente, las relaciones económicas internacionales tienen una función ciertamente positiva y necesaria; pero solamente subsidiaria".

"La alteración de estas relaciones ha sido uno de los grandes errores del pasado, cuya vuelta podría favorecer fácilmente la situación que, a la fuerza, padece hoy un buen número de pueblos. En tales coyunturas, acaso fuese conveniente examinar si una unión regional de diversas economías nacionales no haría posible desarrollar más eficazmente que antes las fuerzas privadas de la producción".

En segundo lugar cabe destacar en la Declaración Económica de Montevideo su realismo y la justeza en su redacción técnica. Por ejemplo nótese cómo al recomendar que los Gobiernos latinoamericanos determinen metas específicas del desarrollo económico a fin de obtener el aprovechamiento armónico de sus recursos se encuentran tan lejos de un liberalismo que todo lo dejara al "orden o armonías naturales" como de un estatismo o de una planificación total que quisiera ordenar, prestablecer y precalcular todo.

En tercer término, señalaremos uno de los méritos que consideramos principales en esa Declaración, que es el haber conseguido reunir para su apoyo en apretado haz a todos los países latinoamericanos, a pesar de que en ciertos momentos de las deliberaciones los Estados Unidos no veían con simpatía a la misma.

Desde esta reunión será posible afirmar que existe una doctrina económica justa y realista, común a todos los países latinoamericanos. Esta seria, clara y definida estimación de necesidades, problemas y soluciones del desarrollo de nuestros países es un acontecimiento que por sí solo abre grandes probabilidades y perspectivas. Esta doctrina común permite esperar en su aplicación, que se alcance una mejor integración de las economías latinoamericanas, que aisladas son débiles y vulnerables y que unidas serán fuertes y estables. En la lejanía se vislumbra la aplicación a Latino-América de planes análogos al propuesto por Schuman para la Europa Occidental.

Para terminar queremos llamar la atención sobre los errores de interpretación en que han incurrido "La Prensa" y "La Nación" (véase los editoriales del 28 de junio) acerca de lo resuelto en Montevideo.

Tomando partes de un informe e interpretándolas mal, han señalado que se insistió en recomendar antiguas medidas liberales y clásicas, cuando precisamente el gran mérito de lo allí alcanzado es señalar claras y precisas sendas tan alejadas de las ideas de "La Prensa" y de "La Nación", como de toda tendencia totalitaria.

Francisco Justo.

SUMARIO

Franqueo Pagado Concesión N.º 4830
Tarifa Reducida Concesión N.º 4046
Correo Argentino Central